

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 223

Sevilla—Sábado 27 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

Por los desgraciados

Hemos leído una carta de un penado, cuyo nombre y establecimiento penitenciario en que reside el recluso omitimos por no empeorar su suerte, y estamos asombrados de lo que en la carta se dice.

El real decreto de indulto de 17 de Mayo de este año no ha sido cumplido, y en vez de una gracia general para los desventurados presos, ha constituido un privilegio, del que no han disfrutado más que aquellos que han tenido padrinos.

Enemigos de la gracia de indulto, y singularmente de su prodigalidad entre nosotros, porque las repeticiones de la gracia acusan falta de confianza en las decisiones de la justicia, llamamos la atención del señor ministro, aunque no sea más que por los respetos que se deben al poder público y al jefe del Estado, que haciendo uso de la facultad constitucional, sus decretos quedaban incumplidos y su facultad soberana de otorgar una gracia se convierte en motivos de formalas querellas, de fundadísimos disgustos y de protestas de los desdichados a quienes, si alcanzaron los fallos de los tribunales para cumplir las penas, deben estar fuera del alcance de la soberanía que les otorga una gracia que no llega a beneficiarlos por causas desgraciadamente conocidas de todo el mundo, y que obedecen a las deficiencias de nuestra administración y a la manera de ser de nuestros presidentes, en los que rige aún el régimen del gartote, con todos los procedimientos brutales de los siglos medios, y que ni la Constitución, ni el Código penal, ni las leyes procesales, ni aun siquiera los reglamentos de prisiones, ni esos consejos, juntas de prisión y de patronato, han conseguido destruir; y es que todavía se sigue considerando al preso como cosa y a la pena como venganza justa contra el delincuente, no como medida de corrección reparadora.

Cosa y no persona el rematado: para él no hay razón, ni justicia, ni derecho: sólo el arbitrio del cabo de vara o del jefe del presidio con sus contundentes argumentos es lo que impera.

Y no nos sorprende ciertamente que esto suceda, cuando vigente el Código penal desde 1870, y habiendo regido el del 51 hasta la publicación de aquél, en cuya escala general de penas no encontramos el famoso *presidio con retención*, todavía, ¡admiré nuestros lectores!, todavía existe un desgraciado en el presidio del Puerto de Santa María que exingue una pena de presidio con retención, según la estadística que acompaña a la Memoria leída por el fiscal con motivo de la solemne apertura de los tribunales, pena que no conocen más de cuatro generaciones de letrados más que como una vergüenza de nuestro antiguo sistema.

Donde ocurre esto, bien pueden seguir extinguiendo condena unos cuantos presos a quienes ha indultado el soberano, sin que se comueva la sociedad, y sin que se levanten voces de protesta en los tonos adecuados a la gravedad y a la trascendencia del olvido e incumplimiento de una disposición del poder público consagrada al romper las cadenas y descotter los cerrojos de los reclusos comprendidos en la gracia de indulto.

Infórmele el señor ministro, reclamando con urgencia datos de las oficinas de los establecimientos penitenciarios, y la triste realidad vendrá a demostrarle que el real decreto de gracia de 17 de Mayo último, se ha publicado en la *Gaceta* para que se cumplieran sus disposiciones, pero en general ha sido letra muerta, y todavía siguen y seguirán encerrados, esperando... la muerte muchos desgraciados para quienes sin duda no alcanza la soberana disposición.

Recója esos datos, que no es cosa difícil, y con los antecedentes a la vista, ordené con energía que inmediatamente sean puestos en libertad aquellos a quienes perdonó el rey en uso de la facultad que le reconoce la Constitución; pero que los subalternos retienen como si existiese pena de retención para el penado del Puerto de Santa María.

A. A.

Murmuraciones

Hasta el tiempo y los primeros resfriados de la temporada se han encargado de entorpecer las resoluciones gubernamentales del señor Sagasta.

Ha muerto otro senador. Y, por tanto, hay otra vacante disponible. Y, por consiguiente, los dos mil aspirantes tienen un puesto más a su disposición.

El señor Gobernador de Barcelona ha recibido ya en tren ordinario los doscientos guardias civiles que había encargado al Gobierno para poder responder del orden público si éste se alterase una vez restablecidas las garantías constitucionales en tan importante ciudad.

Una vez que los recibiera, no quedaría muy satisfecho, ya fuera por la poca cantidad de municiones que llevarían, ya porque sentiría pavor, es lo cierto que el tal Gobernador Sr. Manzano ha aconsejado que se levante el estado de guerra, pero que las garantías queden en suspenso.

O sea: El Sr. Manzano, le ha dicho al Gobierno: —Aquí no hay más ley que aquella que a nosotros los mandarines se nos antoja. De otro modo no se puede gobernar. Los derechos consignados en la Constitución están bien que se les concedan a aquellos pueblos que no los conocen y no hacen ejercicio de ellos; pero a éstos que se los saben al dedillo y discuten con la policía y las autoridades es imposible tolerárselas.

Ya hace tiempo que Barcelona era una excepción entre las ciudades españolas; pero, desde ahora en adelante, la excepción susodicha habrá que consagrarla con una ley especial, en la que se consigne:

—Todos los ciudadanos españoles podrán gozar y ejercitar los derechos consignados en la Constitución en cualquier punto de España, excepto en Barcelona. En esta capital estarán sometidos a los caprichos y arbitrariedades del señor Gobernador.

El tren expreso que debió llegar ayer a Sevilla a las diez de la mañana, recaló por aquí en la madrugada de hoy, seguido del correo y casi casi del mixto.

El convoy de la muerte—que así puede llamarse, porque no pasa un mes sin accidente—era un poco largo.

Antes se metía uno en el expreso de la tarde y decía muy satisfecho: —Mañana a las once en Madrid. Desde ahora en adelante, si tiene una necesidad de estar el sábado en la Corte, se verá precisado a marchar el lunes.

Y decir: —Llegaré próximamente el sábado, si Dios quiere y el estado de la línea lo permite.

Está haciendo un tiempo hermoso para celebrar la Feria que ha de comenzar mañana si otra cosa no se ordena. La ciudad está de risas, porque hace una brisa fresca que convida al transeunte a dar cuatrocientas vueltas por las plazas, por las calles, por la ronda, por las ventas, por los extensos pasos, por capillas y tabernas... y, en fin, por aquellos sitios en que el alma se recrea viendo las caras bonitas de las niñas sandungueras, y viendo la mar de curas y frailes que aquí hormiguean.

Esta noche—al decir de la prensa informadora—celebrarán un banquete en el Hotel de Madrid los amigos del Sr. Marqués de Paradas, en honor y caba del Sr. Polanco, gobernador actual de la provincia.

Se servirá el siguiente

MENÚ

Puré Polo de Lara
Lowine Sauce Pickman
Filet Boriolla aux Credit
Petits Pris Palomino
Asperges Ruiz Martínez
Perdreaux Hector
Marmelada Jimeno de Ramon

POSTRES
Melon fusionista
Almendras amargas de La Peña
Cobro de la cuenta

VINOS
Rioja marca «Española»
Jerez «Crisis en Puertas»
Champagne Baden-Baden

El tabaque y el liqueur se servirán después de los brindis con el fin de que en el comedor haya poco humo y las alabanzas al jefe lleguen limpias de microbios, porque el pobre está enfermo.

El Sr. Moret, mediante sus buenos oficios, ha logrado que, por ahora, no nos visiten los diputados radicales de Bélgica y Francia que querían venir por aquí.

Los gobiernos respectivos han atendido las indicaciones de nuestro ministro de la Gobernación y han puesto de su parte los medios necesarios para que en el extranjero no se enteren del descontento general.

—¡Qué ganas de buscar disgustos!—habrá dicho Moret.—¡Bastante tenemos con los de casa para que vengan a turbaros la digestión los habitantes de la ajena!

A esto debe de referirse el siguiente párrafo: «La prensa oficiosa no ha podido contener su satisfacción al dar cuenta de haber logrado el gobierno español del francés el que prestase sus buenos oficios para impedir, como lo han conseguido, que los diputados radicales franceses no vengan por ahora a España, diciéndose a propósito de esto, que el gabinete de París y el de Madrid se entendían admirablemente, noticias que con seguridad no publicaría la prensa sino hubiesen sido sorprendidas por indiscreciones de los centros oficiales.»

Yo no sé si eso será un triunfo. Porque el triunfo del gobierno español hubiera consistido en que los diputados extraños hubieran venido a España y no oyeran otro grito que el de: —¡Viva Alfonso trece y Moret su ministro! Perc, en fin, como ellos son los que mandan, no hay más remedio que aguantarse.

Hasta que sople el viento de Alcolea y el ministro se venga con nosotros.

El Ayuntamiento de Madrid como modelo de buena administración.

«Parece ser que una partida de carne, de las aforadas en el pasado Agosto, y cuyo peso era de 16.000 kilos, salió del Matadero en calidad de «tránsito», y con destino al fielado llamado de Aragón, no resultando en éste aforados sino 6.000 kilos, y resultando, por tanto, defraudado el Ayuntamiento en los derechos correspondientes a 10.000 kilogramos.

El concejal encargado de ese servicio, señor Abril, ha propuesto la suspensión de empleo de cuantos intervinieron en el atoro de dicho artículo, y del expediente instruido se dará traslado a los Tribunales.»

Bueno; pero del dinero cobrado y desaparecido, ¿quién se le va a dar cuenta? Porque aquí todo se vuelve expediente, pero el dinero que se llevan no parece.

Una curiosidad que se relaciona con los representantes de Dios en la tierra:

«El obispado de Barcelona produce anualmente, fuera del sueldo, más de 20.000 duros, y el de Madrid 30.000. Hay mitras con flecos y propiedades, laminas y títulos propios, que cobran y sólo mangonean los obispos. Por eso entran pobres en el obispado y mueren millonarios.»

Pero como todo el dinero que *apanan* es para Dios y para sus queridas, no le hace. Dios en el cielo y ellas en la tierra se encargan de darle curso.

CARRASQUILLA.

LA CARIDAD OFICIAL

Marchaban en doble hilera con paso uniforme, monótono y lento; parecían una cuerda de reclusas, y la mayor de todas aún no tenía doce años; en sus rostros, delgados y macilentos, se veían los tonos pálidos y quebradizos de las hojas secas; hablaban sin reír, como las viejas, y gesticulaban con ademanes lacios y torpes, como los borrachos. Era un espectáculo horrible.

Se fijaban en los transeuntes con una expresión de indefinible asombro; a sus apagadas pupilas se asomaban las almas infantiles, atacadas, como los cuerpos, de ictericia. Eran las hijas de la Inclusa, las protegidas por el Estado, las que alimentan el pan de la caridad que nace en el expediente.

Sus vestidos cenicientos parecían camisetas de fuerza sujetando unos miembros delicados como las fibras del junco. Cualquiera color alegre, hasta el rojo; hubiera sentado bien a las po-

bres niñas; pero la caridad oficial tiene mal gusto.

Iban precedidas de dos hermanas de San Vicente de Paul que vestían hábitos azules y grandes tocas blancas; otras dos hermanas cubrían la retaguardia de la cuerda de incluseras, y su presencia intimidaba indudablemente a las criaturas.

Las niñas, porque a pesar de todo eran niñas, marchaban con la suprema indiferencia del que sabe que ha de llegar forzosamente a donde no tiene interés en ir; arreglaban su paso al de las hermanas encargadas de su custodia y se dejaban llevar; no lo hacen mejor los presidiarios conducidos por la benemerita.

Ni una carcajada, ni un grito, ni un gorjeo, ni un salto, nada; las más atrevidas, las mayorcitas, sonreían, y sus sonrisas recordaban el amanecer de un día de invierno: los dientes amarillentos asomaban entre los labios blanquecinos y las bocas fingían entonces un rovoleo de flores marchitas.

El ángel bueno de la infancia no había podido llegar hasta aquellos débiles seres, y se quedó enredado, seguramente, en los polvorientos legajos de la Diputación provincial. El cuadro era más que triste, lúgubre.

El día en que le diera a la caridad oficial por la protección de los pájaros, habrían muerto los nidos; sería capaz de inventar mordazas para los picos y lazos para las alas. Esto ha hecho con la infancia. Los niños en sus manos son mucho menos que niños; cualquier cachorro está continuamente más alegre que ellos en el momento más alegre que tengan, si es que tienen alguno. En presencia de estas pobres víctimas, Jesús echaría de menos su látigo.

La nación es una mala madre para esos niños, y para las hembras peor aún; el niño que llega a hombre, y muchas veces antes de llegar, rechaza la tutela del Estado y prefiere la libertad miserable a la miseria del Hospicio, el arroyo al jergón, el aire abundante al pan escaso; la mujer no tiene este consuelo, porque cuando llega a poder emanciparse, lo que no sucede siempre, tiene ya enroscada a su esqueleto la clorosis y está condenada. Esos organismos, alimentados con la anemia, son una garantía del vicio. Lo que es triste en la infancia es terrible y trágico en la edad viril.

Nada tiene, pues, de extraño que esos vestidos cenicientos con que la caridad oficial cubre a sus protegidos, y que nos parecen horrosas camisetas de fuerza aplicadas a la infancia, se transformen con frecuencia aterradoramente en mortajas de prostitutas y chaquetillas de presidarios.

Ni de color tienen que cambiar para ello.

G. NÚÑEZ DE PRADO.

Clara Estivin

CUENTO

El poeta Edmundo de Varlus usa de sus riquezas del modo más original del mundo.

Vive económicamente en una casa de la isla de San Luis, a pesar de tener cien mil francos de renta, lo cual le permite recorrer doscientas leguas para oír una ópera de Wagner, o dirigirse al fin del mundo para contemplar un paisaje ó coger una flor.

Varlus no frecuenta la sociedad, porque cree que le tiene más cuenta reemplazar este pasado tiempo por la lectura de un buen libro.

No tiene relaciones con nadie, y come siempre solo en el restaurant del Cisne, en un gabinete reservado.

Una tarde del mes de Octubre de 1881, después de haber comido opíparamente y cuando se disponía a partir, oyó dos voces que, al parecer, hablaban en el mismo cuarto donde él estaba.

Dirigió una mirada hacia la pared y comprendió enseguida la causa de aquel fenómeno.

Los albañiles componían a la sazón el tabique que separa los dos gabinetes contiguos, y únicamente para las horas de las comidas habían tapado la abertura con unos cartones cubiertos de papel pintado.

El poeta iba a retirarse para no cometer una

indiscreción y sobre todo para no oír palabras inútiles, pero las primeras frases que oyó le hicieron cambiar de parecer y le dejaron clavado en su silla.

—No es posible que tú, Basilio Estivin—decía el primer interlocutor—pienses en reproducir al natural esa escena ridícula que ya no se estilaba ni en las más insignificantes comedias.

—Tienes razón—contestó Basilio— pero no me queda otro remedio, amigo Richard. He fingido un viaje y estoy resuelto a sorprender a mi mujer.

—Pero ¿tienes pruebas?

—No. Pero mis sospechas son muy fundadas.

—Bien se ve que no tienes hijos.

—¿No faltaría más que eso!

—¿Y tienes algún dato para creer que ese doctor Christin esté en relaciones con Clara?

—Creo tan solo que están en buena inteligencia y que se han escrito algunas cartas. Clara me supone viajando en dirección a Malinas, con objeto de permanecer allí cinco ó seis días, y de seguro habrá notificado mi partida á ese doctor ideal, de quien sin duda está enamorada. Tú me acompañarás, porque no quiero hacer uso de la policía. Dentro de media hora estaremos en casa y sorprenderemos á los culpables.

El poeta Varlus no quiso oír más. Abrió la puerta del cuarto donde estaba, llamó en voz baja al camarero Antonio y le pidió informes de Basilio.

Este, que era parroquiano del restaurant, había enviado varias veces á su casa al citado camarero en busca de algún objeto olvidado, y por lo tanto, mediante un par de luises supo el poeta que Basilio vivía en la calle de la Jussienne, número 21, cuarto principal.

Varlus salió precipitadamente del restaurant, tomó un carruaje de punto, pagó por adelantado al cocher, dándole una buena propina, y á los catorce minutos llegó á la calle indicada.

Subió la escalera, llamó á la puerta que buscaba, y como había supuesto, se presentó á abrirle la misma Clara.

—Señora—le dijo Varlus—¿quiere usted oírme por espacio de dos minutos? Es una cuestión de vida ó muerte para usted.

Clara, cuya inolvidable belleza hirió á Varlus en mitad del corazón, miró cara á cara al poeta, y como dominada por una poderosa intuición, le hizo entrar en una sala inmediata.

En menos de dos minutos refirió Varlus á Clara lo que acababa de ocurrir en el restaurant del Cisne, y partió precipitadamente, sin esperar las gracias ni una contestación siquiera.

—¡Todas las mujeres han nacido autores dramáticos!

No habían transcurrido diez minutos desde la partida de Varlus, cuando sin llamar á la puerta y abriendo con una llave que tenía en su poder, se presentó Basilio, seguido de su amigo Richard.

Entraron en el tocador de Clara y lo primero que vieron fué una bolsa de crochet con las iniciales del marido. ¡Una sorpresa sin duda! Después se acercó Basilio á una mesa, y á la luz de un quinqué leyó la siguiente carta que estaba por terminar.

«Esposo de mi vida: Me has prohibido que te escriba porque nuestra separación ha de ser muy corta (para mí interminable), y quizás por obedecerte arrojaré estas líneas al fuego. Sin embargo, aunque no debas leerlas, tengo que decirte que sólo pienso en tí, que te adoro... que cuento los minutos.»

Cuanto á Clara, ni había visto ni oído á Basilio y á Richard, porque estaba sentada al piano, ocupada en cantar una romanza titulada «Esperanza mía», que su marido había compuesto para ella cuando eran novios.

Basilio tosió, y al verle Clara corrió hacia él y le abrazó, loca de alegría.

Después dirigió una mirada al amigo y preguntó á su marido:

—¿Por qué te acompaña ese caballero?

En el tren, donde había tenido el placer de encontrar á Richard, habíase sentido indispuerto Basilio, viéndose obligado á detenerse en Fontainebleau, donde recibió los auxilios de un médico que le aconsejó que regresara inmediatamente á Paris. Richard interrumpió su viaje y quiso acompañar á su amigo hasta su casa, á pesar de haber pasado ya todo el peligro.

Tal fué el relato que Basilio hizo á su mujer, la cual, para demostrar su gratitud al salvador de su marido, dispuso que Dionisia les sirviera un magnífico té con pastas y fiambres exquisitos.

Dos años después, una noche que se hallaba en un palco de la Comedia Francesa, acompañada tan sólo de su amiga Eugenia Serizier, notó Clara que todas las miradas se fijaban en un elegante joven que acababa de sentarse en una butaca de orquesta.

—¿Quién es ese individuo que tanto llama la atención de las gentes?—preguntó Clara á su amiga.—¿Le conoces?

—Pues yo lo creo. Lo mismo que todo París. Ese joven es el famoso autor del célebre poema «La reina de Saba», que tanto fanatismo ha producido. Además, yo soy íntima amiga de Varlus, á quien conozco desde niña. Me visita con frecuencia y me ha confiado muchos de sus secretos.

—Será un gran conquistador—dijo Clara.

—No lo creas, pues no quiere ser amado. Varlus es un poeta verdaderamente romántico y original.

—¿De veras?

—Sí, y en cuanto á amores, sé que adora en secreto á una mujer á quien vió tan sólo tres minutos, el 12 de Octubre de 1881, y á la que no ha procurado volver á ver. Indudablemente le prestaría algún servicio muy importante.

TEODORO DE BANVILLE.

De actualidad

Vigo.—Diez galeones llenos de sardinas que se dirigían á Muros y Avosa, halláronse en alta mar con 300 lanchas traineras, trabándose colisión.

Algunos galeones y su cargamento se hundieron en el agua.

Otros huyeron, regresando á Vigo.

El comandante de Marina ordenó que saliera un cañonero para convoyarlos.

Roma.—El Gobierno ha acordado un crédito de 500,000 liras para que construya Marconi una estación telegráfica.

Además se ha concedido la Gran Cruz de oficial de la corona de Italia.

Marconi propónese que el primer despacho que expida la nueva estación dé la vuelta al mundo.

El Liberal inserta un nuevo artículo de Vicente que sigue el estudio de la cuestión de Gibraltar, deduciendo son más eficaces las medidas comerciales que las bélicas.

Dice que Gibraltar parece una población española guarnecida por ingleses.

La Línea supera en comercio á Gibraltar, y si se le atendiera, anularía á la plaza inglesa.

Desde Lackens, en tren especial, marchó á Luchon Leopoldo de Bélgica.

El Liberal dice de los propósitos que atribuyen á Weyler de alejar á los militares de destinos civiles, que á los aludidos los ampara la ley y no puede barrenarse por un capricho sinistroy.

El Imparcial censura el envío de refuerzos de policía y benemérita á Barcelona, dejando desguarnecido á Madrid, sacrificio estéril, porque en Barcelona falta capitán general.

Ha fallecido en Madrid, de reblandecimiento de la médula, el senador Segovia Onate.

En Kadschgar (Rusia), ha habido terremotos, resultando 100 muertos.

Están declarados en huelga 8,000 mineros en Dosiguica (Francia).

San Sebastián.—El rey asistió al concurso de tiro en el fuerte de San Marcos.

Almódovar subió la firma á las seis de la tarde.

Dicen de Washington que el embajador en Madrid pasará á San Petersburgo, sustituyéndole White, que actualmente está en Londres.

De sobre mesa

Concluyó la cena. Dos desabridos platos de la cocina francesa y el rojo vino de la Rioja, fueron sustituidos por el aromático café y el opalino cognac. El humo de los cigarros cual ténu y bañuecino nube, llenaba el reducido y coquetón comedorcito donde los cuatro amigos se hallaban. Erase ese momento que media entre la borrachera y el estado normal, ese instante en que el espíritu parece luchar por separarse de la materia, y en que el sentimiento y la sinceridad se desbordan.

Galdeados los cerebros por los vapores del vino y la discusión, brillantes los húmedos ojos y sueltas las jóvenes lenguas, cada cual fué contando su indispensable historia amorosa.

Poetas y artistas de corazón, todos habían amado mucho y muy hondo; más de una vez habían pensado todos ellos en la muerte, creyendo la vida desconsoladora carga sin el objeto amado; todos, en fin, sintieron en su alma el

doloroso desgarrón que al desvanecerse dejan las ilusiones. Desengañados ya, filósofos y escépticos á su modo, burlábanse actualmente del amor y del necio romanticismo.

—Hay que convencerse—decía Luis echando chispas por los ojos—ese amor puro y grandioso que resiste á todas las pruebas, ese amor tan bien pintado por Joaquin, en su sineto, no existe nada más que ahí, en la poesía. Vivimos en una época, de la que el materialismo es el único rey y señor; ya verán ustedes cómo dentro de poco tendrán nuestros pintores que cambiar los clásicos atributos del amor por otros más modernistas. Pronto hemos de ver al rolizo y travieso muchacho cambiar sus flechas y aljaba por el collar de brillantes y el libro de cheques, armas las más apropiadas para rendir femeninos corazones.

—No estamos conformes—interrumpió Ricardo, el que aún no había tomado parte en la discusión.—Al comenzar sus amigos el relato de sus aventuras, habla palidecido ligeramente, dejó después vagar su mirada tras las espirales de humo que al extenderse por el cuarto reflejaban caprichosos dibujos en los biselados espejos, hasta que de aquella especie de sonambulismo vino á sacarle la última afirmación de Luis.—No estoy conforme con vosotros—repitió Ricardo mientras que sus ojos medio apagados hasta entonces se iluminaban con metálicos reflejos—protesto, y voy á contaros algo que os hará variar de opinión. Apuré de un trago la copa de cognac que ante sí tenía; coloreóse su frente y comenzó su relación serio y emocionado.

—Vivia yo no ha mucho en cierta población andaluza, cuyo nombre no hace al caso, y donde ocupaba una modestísima y oscura posición. Mi cuarto, colocado en la parte más alta de pobrísima casa de huéspedes, recibía la luz por una sola ventana, abierta sobre la azotea de aristocrática casa lindante con la mía. Desde aquella ventana vi por primera vez á la protagonista de mi historia, cuando ajena al examen de que era objeto se entregaba descuidada á la tarea de cuidar las innumerables macetas que adornaban aquellas alturas. No intenté describrosia; si yo poseyese el número péuico de Joaquín, el talento aristocrático de Antonio y la fogosa elocuencia de Luis, tal vez podría daros una idea de aquella mujer tan bella como físicamente; como carezco de tales dotes, sólo os diré que se llamaba Celia, que había cumplido los dieciocho años y que era una rubia encantadora. Un día no sé si atraída por mi insistente mirada ó por casual movimiento, volvió hacia mí su hechicero rostro, sus ojos y los míos se encontraron, coloreóse su semblante, y entre risueña y enfadada desapareció de la azotea. A la hora de cosumbre la vi aparecer al día siguiente, y su primera mirada fué para mí reja; me permití saludarla, y ruborosa y emocionada contestó sonriendo á mi saludo. ¿Para qué he de hacer os seguir paso á paso mi cuento, y luego idios? Fuiamos amigos cariñosos primero, y locos de amor después. Aquella bellísima niña, descendiente y emparentada con las más nobles familias, aquella mujer ideal llamada por su nacimiento, su educación y su fortuna, á brillar entre la más alta sociedad, renunciaba gustosa á cuanto de derecho le correspondía, por mí, por mí que nada podía ofrecerle. Ocurrió al fin, lo que era de esperar, supieron sus padres nuestras relaciones y comenzaron los sufrimientos de la pobre niña.

Ya no nos veíamos, pero merced á sus hábiles combinaciones, casi todos los días nos comunicábamos por escrito. Viéndola tan grande, no quise seguir aquellas relaciones, que ya comenzaban á martinzar, y que quizás en no lejano día iban á ser causa de su eterna desgracia.

Procuré convencerla de la distancia que nos separaba, de lo desatinada que nuestra pasión era, de los insuperables obstáculos con que tendríamos que luchar para al final salir vencidos; yo razonaba con la experiencia de los treinta años, pero inútilmente; respondía ella con la sinceridad de los diez años. No la importaba su familia, sin cuidado tenía la sociedad; yo, hombre y obscuro, valía más á sus ojos que el más atildado aristócrata; si mi amor era como el suyo, venceríamos. Mil veces me repetió lo mismo, y yo, á pesar de quererla más cada día, insistí en acabar aquellas relaciones que habían, según yo, de labrar su desgracia. Enfermo al ver mi insistencia, dudó de mi cariño, me escribió apasionadísimas cartas, y al ver mi terquedad, tal vez creyendo mi amor desvanecido, dejó de escribirme.

La encuentro algunas veces en mi camino y la palidez que cubre su rostro, y su ansiosa mirada, median con harta elocuencia que es sólo su corazón; yo cierro los ojos para que nada la di-

gan y paso, paso sin volver la cabeza, porque quiero que sea dichosa. ¡Se lo merece! Calló Ricardo por un momento, bebió la segunda copa de cognac y continuó después dirigiéndose á Luis.—Ya ves, amigo mío, cómo el amor puro, grande, inmenso y desinteresado, existe también en la vida real; ya ves que has sido injusto y que no es el materialismo el único rey y señor de nuestra época. Silenciosos y pusiéndonos los abrigos y solo al salir del restaurant dijo Luis entre serio y festivo y no convencido aún.—Pues oye, Ricardo; si es verdad todo eso que nos has contado, tú y ella y ella y tú, sois dos mirlos blancos.

J. V. DE V.

La lágrima que falta

Es una historia muy extraña, pero muy verdadera.

Y es como sigue:

Todo cansa en este mundo, y hasta en el otro, según parece. Es el caso, que el diablo se cansó de estar en el infierno, lo cual se comprende. Y aun se cansó de ser malo, lo cual se comprende menos, porque hay hombres, que sin alcanzar categoría infernal, de ser pésimos no se cansan nunca. Pero el diablo legítimo, el dueño y señor de los antros tenebrosos, quiso cambiar de condición. ¿Cómo conseguirlo? He aquí el problema, que el viejo Hamlet se planteó así mismo.

Donde menos se piensa se tiene un amigo, y el diablo tenía uno muy antiguo en el cielo, por inverosímil que esto se les antoje á mis lectores, y era su amigo nada menos que un ángel.

Amigos habían sido el diablo y él, antes de la tremenda caída de Satán, cuando tenían los dos alas blancas en los hombros, y aureola de luz sobre la frente. Después de aquella sinistra caída, algo se enfriaron sus relaciones, pero así y todo, á veces se veían, y se hablaban en el lenguaje que usan los espíritus; se veían digo, sobre la nube tempestuosa el ángel bueno, nadando entre relámpagos y braceando entre centellas al ángel malo.

Y una noche de ormenta, en el repliegue de nubarrón, le dió aquel á éste un consejo, un consejo de amigo.

—Si consigues fabricar una escala de lágrimas—le dijo—por ella podrás subir al cielo, y ¿quién sabe si Dios te dejará entrar? ¡He visto entrar á tantos de ese modelo!

No oyó el diablo más, porque el estampido del trueno le ensordeció y una ráfaga de viento deshizo el nubarrón.

Desde aquella noche, el diablo no cesó de pensar. ¡Pensar! ¡Mala manera de ganar el cielo. Pero el que tiene manías perversas no las pierde, sobre todo en el infierno. Aunque en la tierra tampoco se pierden.

Un día estaba cavilando en cómo fabricarle aquella escala de lágrimas de que su amigo le había hablado, y el sitio que había escogido para sus cavilaciones era agreste y solitario por demás: la quebrada de un alto y negro monte. Por el fondo corría un riachuelo entre goijos y peñas. Y el diablo, tendido en una de las márgenes, se rascaba los cuernos y se tiraba del rabo, sin que brotase ni una idea de luz en las negruras de su cerebro maldito.

De pronto se fijó en una feísima araña, que estaba como prisionera en un pedruzco del centro de la corriente, formando en él á modo de un islote. El animal daba vueltas á todo el contorno de la pequeña isla, y por ninguna parte podía salir.

Interesóse el diablo por la araña insular, y pensó que él y el repugnante animalucho estaban en situación muy parecida. Le hizo gracia el lance y se rió: el barranco y el agua se pusieron pajizos, como iluminados por llama de azufre; pero pasó la risa y pasó la araña. El monte volvió á sus sombras y el riachuelo á sus blancas espumas.

Entonces el negro espíritu vió que la araña, sin ser el diablo, discurría mejor que el diablo mismo. Convencida de que el pedrusco era una verdadera isla, y de que no había terreno firme por donde escapar, acudió á un medio ingeniosísimo. Levantó la parte posterior de su cuerpo repugnante y empezó á echar al aire hebras finísimas del hilo que para fabricar sus redes suele tejer; flotaron las hebras, fueron cada vez más largas, el viento las llevó más y más lejos, y al fin una de ellas se adhirió á otro pedrusco.

En cuanto la araña, que de cuando en cuando, con sus patitas templaba las hebras, conoció que el sutil cable tenía punto de amarra, lo desprendió de su cuerpo, lo pegó al pedrusco, y sirviéndose del hilo como de puente colgante, pasó á la piedra de más allá, y de una en otra, por el mismo procedimiento á una de las márgenes